

Si recordando el conocido juego de prendas y sin hacer otras variaciones que la de poner «Méjico» en lugar de «la Habana» y «un poema» en lugar de «un navío», comenzara yo este artículo, preguntando:—«De Méjico ha venido un poema ¿cargado de?...»,—todos los lectores darían la misma contestación en seguida:—«De ripios»—dirían todos á un tiempo.

Porque, ¿qué otra cosa podría traer un poema que viene de Méjico?

—Desatinos, disparates—dirá algún lector de los menos caritativos.

Pero lo mismo da. Porque los desatinos y los disparates también son ripios en un poema.

El recién llegado de Méjico, que va á ocupar por unos momentos mi atención y la de ustedes, viene impreso con muchísimo lujo, á dos tintas, con orla en todas las páginas, y con un cromo en la cuarta donde hay una fo-

tografía entre dos banderas, las armas de España y las armas de Méjico y un ¡Viva Méjico! y un ¡Viva España! y se titula...

¿Cómo dirán ustedes que se titula?

Aquí sí que ya no aciertan ustedes como en la contestación á la primera pregunta referente á la carga del navío, digo, del poema...

Pues se titula:

Alfonso XIII Rey de España, y el mundo impío; ó sea Cuba á los yankees...

¿Les parece á ustedes ya bastante raro?...

¿Que qué es eso de *Cuba á los yankees* ó en qué lengua está?—me preguntan ustedes.

Pues no lo sé; pero sigan ustedes leyendo, porque todavía después de lo copiado, hay un subtítulo entre paréntesis que dice:

Carambolas por contra tabla.

Y después de todo esto, «POEMA por Juan Pedro Didapp», así, con dos pes.

De manera que el poema no será de pe pe y doble u; pero el autor tiene en su firma las tres pes de rúbrica; una en el segundo nombre, y dos en el apellido.

Después hay una dedicatoria muy lujosa al Sr. Duque de Arcos, Ministro de España en Méjico, y al Sr. D. Antonio Basagoiti, Presidente del Casino Español, concebida y hasta dada á luz en estos términos:

«Adicto á una causa sublime, he consagrado á su *defensa* los años floridos de mi juventud y no he desmayado ni un instante en em-

puñar con noble orgullo su estandarte para que ondule victorioso.»

¿Y quién le ha dicho á usted que eso que usted hace es una *defensa*? Quizá no falte quien lo llame *ofensa*... ¿Cree usted que una causa sublime se puede defender con versos ripiosos?

Siga usted, siga usted.

«Motivo ha sido éste para que á la sombra de tan esclarecidos nombres cante las grandezas del *Monarca Niño*, cuyo trabajo (¿el del monarca niño?... No sería flojo si tuviera que leer y entender los versos de usted) os ofrezco en prueba de admiración y respeto.»

No; esto último no pasa. Si tuviera usted verdadero respeto á esos señores, no les ofrecería usted esas cosas.

Adelante.

Estamos en el prólogo, que dice:

«El poema que hoy publico ha dado lugar á muchas y diversas *comentaciones*.»

No sé cómo podrá ser eso. O muy desocupada está por ahí la gente y muy escasa de asuntos sobre que hacer conversación, ó no me lo explico.

Porque ese poema no merece más que una *comentación*, la de cerrarle apenas abierto, y decirle á usted:

Déjalo, Juan, no leas... ó no cantes.

Repita usted:

«El poema que hoy publico ha dado lugar

á muchas y diversas *comentaciones*, todas llevando dirección desfavorable para mí...»

Vamos, ¿lo ve usted? ¿Qué le acabo de decir yo á usted ahora mismo...? Si todas las *comentaciones* llevan una dirección desfavorable para usted, todas ellas pueden reducirse á una sola comentación, á la que el libro merece, que es la que yo he dicho.

«Pero yo—continúa el *poeta*—estoy en el deber ineludible de defender los partos de mi inteligencia...»

Se equivoca usted de medio á medio.

Si los partos son como ese *poema*, lejos de estar usted en el *deber ineludible* de defenderlos, está usted en el deber ineludible de quemarlos.

Y de no volver á parir en su vida.

Pero continúa usted diciendo:

«...que son los hijos legítimos de mi mente.»

Tampoco. Poemas como ese no pueden ser hijos legítimos de una mente creada por Dios: son hijos espúreos.

«Yo escribo»—continúa...

Pues hace usted mal.

«Yo escribo, y con sólo el hecho de publicar mis concepciones, doy autorización al lector á que tache lo que no le plazca...»

Bueno; pues con esa autorización que usted me da... y si no me la diera usted yo me la tomaría... con esa autorización que usted me da, yo, lector, le tacho á usted todo el libro, absolutamente todo.

Porque no hay nada en él que me plazca, fuera del ¡viva España! del principio, ni que pueda placer á persona que tenga los sentidos cabales.

«...Mas me asiste—dice usted—el derecho de brotar...»

No, señor. También en eso se equivoca usted. ¿Qué le ha de asistir á usted ese derecho?... Si fuera usted fuente, ó árbol, ó enfermedad cutánea, le asistiría á usted el derecho de brotar. Pero siendo hombre, no. No tiene usted derecho de brotar en el sentido neutro del verbo.

Y en el sentido activo... tampoco; porque no había de brotar usted más que desatinos, y no está permitido brotar esas cosas.

«Mas me asiste el derecho de brotar á la arena en defensa de lo mío, cuando al crítico le sirve de *peldaño* la injusticia y la ignorancia.»

Bueno, pero ahí no se dice *brotar*, sino «*asistir* á la arena», ó «descender»; aunque bien mirado, desde el libro de usted ya no es posible descender á ninguna parte.

Y además, el *peldaño* no crea usted que es un instrumento necesario para la crítica. *Peldaño* es donde se pone el pie, y la crítica no se suele hacer con los pies; ni aun la de aquellas *cosas* que con los pies parece que han sido fabricadas.

Y de todos modos, no pueden ser ni la ig-

norancia ni la injusticia quienes critiquen desfavorablemente el libro de usted; serán las que le aplaudan, si acaso.

«*Criticar con imparcialidad y pleno conocimiento de causa... la crítica entonces sería de fueros sagrados, y estúpido y soberbio el que no la acatase.*»

Pues átesela usted al dedo ¿eh? Porque si no acata usted la crítica y vuelve usted á escribir haciéndolo tan mal, ya sabe usted la sentencia que acaba usted de pronunciar contra sí mismo. «Estúpido y soberbio... etc.»

«Pero *rayar* de malo y pésimo lo que se desconoce, en verdad que no es digno de otro nombre que el de hotentote quien tal hiciera.»

Bueno; llámele usted hotentote, ó llámele usted hache al que *raye* de malo y pésimo lo que desconoce; no me importa.

Porque yo *rayo de malo y pésimo*, como usted dice, todo el libro de usted después de conocerle, después de haberle leído.

Y continúa en otro párrafo:

«A mí sólo me ha animado á escribir el presente canto (rodado) épico-lírico el *deseo vivísimo* que tengo de que los españoles vean que en mí tienen un defensor.»

Muchas gracias por el deseo; pero crea usted que no necesitamos los españoles semejantes defensores ripiosos, ni nos gustan semejantes defensas.

«Pero los mal nacidos—continúa—y peor intencionados, de una manera vil estrujaron los principios que ignoraban...»

¡Pues ya se necesita mala intención y algo más para estrujar unos principios que se ignoran!

«Desde las columnas de un diario atacaron antes de su publicidad las ideas que sirven de base al poema.»

¡Pero hombre, si eso no puede ser! Antes de su publicidad, ¿cómo podían atacar las ideas que sirven de base al poema?... Tanto menos, cuanto que... vamos... ¿está usted seguro de que el poema tenga base?... Porque yo creo que no, que no tiene base, ni ideas tampoco.

«Mas al humilde no le falta Dios.»

Bueno, eso es verdad; pero usted me parece que no es humilde. De manera que no se halla usted en el caso de que Dios le defienda.

Siga usted.

«Un distinguido escritor español salió á la palestra y refutó los ataques virulentos de esa caterva de angosta frente...»

¿A ver?

«He aquí el contenido del primer artículo publicado por un diario español:

«EL POEMA ALFONSO XIII,
REY DE ESPAÑA.

«No es la íntima amistad que me une con el joven *licenciado* D. Juan Pedro Didapp, au-

tor del expresado poema, lo que me hace hablar, sino un *deber de justicia...*»

¡Mentira!

¿Deber de justicia el hablar en defensa de un poema que es un esperpento risible?

¿Dónde ha aprendido esos deberes de justicia el autor del artículo?

Y el Sr. Didapp, con dos pes, ¿cree buenamente que es un distinguido escritor español?..

Si acaso, será distinguido por lo malo.

Y sigue:

«No me han parecido imparciales las aseveraciones de esos señores que *todo lo ven pequeño...*»

Si es alusión, protesto desde ahora. Yo no lo veo todo pequeño en el poema de Didapp: veo grandes el atrevimiento y los desatinos.

Continúe el de la defensa:

«No me han parecido imparciales las aseveraciones de esos señores que todo lo ven pequeño y con ojos de malicia, al juzgar *impunemente* y de la manera más ligera é inconveniente *un poema que brillará como astro de primera magnitud en el campo de las letras...*»

¡Atiza! Ya me figuraba yo que no podía ser un distinguido escritor español quien defendiera el poema ridículo del Sr. Didapp.

Y ahora veo que no me había equivocado.

Quien asegura que el poema de Didapp «brillará como astro de primera magnitud en

el campo de las letras» no puede ser un escritordistinguido, sino un tonto, un pobre diablo.

Que ni siquiera sabe gramática, porque en seguida dice:

«*Lleven* entendido que *todo podrán querer* con tal de que á la gloria de Didapp no le *sirve* de pedestal la ruindad de la envidia.»

Párrafo estúpido, pues ni es castellano aquello de *todo podrán querer*, ni después de «con tal de que» puede decirse en indicativo *sirve*, sino *sirva* en subjuntivo.

Este distinguido..., digo, este desgraciado escritor español que se firma E. Peña, continúa haciendo elogios del poema y diciendo desatinos, llamando á Didapp *eminente poeta* y hasta *filósofo colosal y gigante*.

Dejémosle en su ridícula tarea y volvamos á la mala obra de Didapp.

Después del prólogo pone una introducción también en prosa, en donde se leen cosas de este calibre:

«... Y el hombre, ente social de este mundo, nunca llega á erguir la frente para ver rodar en el inmenso fluído los innumerables astros que *desfilan cual grupo de mujeres desoladas, dando sus rizos de oro al viento...*»

¿Qué tal, eh?

Pues verán ustedes otro párrafo:

«La verdad existe: que sea el hecho en sí de mal sabor ó peor olor, no cabe duda: y ¡ay del infeliz que eso le acontezca!»

¿Lo entienden ustedes...? Pues no puedo darles más luz ni antecedentes ni consiguientes, porque eso, tal como ustedes lo ven, es un párrafo completo entre puntos y aparte.

¿.....?

¿Que si no hay en Méjico manicomios...? Yo no lo sé: supongo que sí los habrá; pero si fueran á encerrar en ellos á todos los que lo merecen, que son casi todos los que escriben, tendrían que hacerlos muy grandes y uno en cada esquina...

Pasando sobre otros innumerables dislates de la introducción, llego al final, donde se lee:

«Como ya en impresión el presente *canto de mi pobreza*, donde mi humilde musa *sale á la palestra de España*, hubo un concurso de doctores de entre el alto clero poblano, el cual tuvo la fineza de *seguirme* males que los liberales en toda la vida habían podido *seguirme*...»

¿Dónde habrá aprendido este pobre hombre á hacer ese uso del verbo *seguir*?

¡*Seguirme* males...! Como si dijera causarme ó inferirme... ¿Creerá que todos los verbos son iguales y que lo mismo da usar uno que otro?

«Siempre he tenido corazón noble, y al ver derramando lágrimas á un hombre de carácter *indeleble*...»

Advierto á ustedes que el que lloraba era

un impresor que no quería que se le obligara á imprimir el *poema*...

Y ahora averigüen ustedes, si pueden, por qué llamará este Didapp hombres de carácter indeleble á los impresores... ó qué entenderá él por *carácter indeleble*...

Probablemente creerá que es lo mismo que *indomable*, aunque algo más fino.

Y vamos al verso.

El poema Alfonso XIII se compone de dos *epístolas*; veintisiete *sonetos*; otra *epístola* á Sherman; otra á los yankees, en tercetos, como las dos primeras, y una composición final á Doña Cristina, en quintillas, naturalmente malas, titulada *Esperanza perdida*.

La *epístola* primera lleva este subtítulo, que el autor habrá creído buenamente que está en latín:

Omnibus ad omnes.

¡Y vayan ustedes á sacarle de esa!

O á preguntarle qué es lo que ha querido decir, que no lo sabrá, de seguro.

¿Será eso una de las carambolas por contratada que nos anunciaba al principio?

Empiezan los tercetos de esta manera:

«No será por demás tañer la lira...»

Pues sí, señor; sí es por demás, aunque á usted se le figure lo contrario.

Porque la lira es, para el caso, como las

castañuelas, que de tañerlas hay que tañerlas bien, y si no, mejor es no tañerlas.

Y como usted tañe la lira bastante mal, resulta que es por demás que la taña.

Empecemos de nuevo:

«No será por demás tañer la lira,
Haciendo alarde un *pirronismo impío*...»

¿El *pirronismo* es el que hace alarde?

Porque si es al revés, si es que del *pirronismo impío* hace alarde usted ó algún otro, ha debido usted decirlo así: «Haciendo alarde de un *pirronismo impío*...»

En fin, que tal como está la cosa no se entiende.

«No será por demás tañer la lira,
Haciendo alarde un *pirronismo impío*,
Y que doliente el corazón suspira.»

No veo la conexión que pueda tener el suspirar del corazón doliente con el *pirronismo impío* que hace ó de que se hace alarde.

Pero... seguiremos á ver cómo es el terceto siguiente:

«Yo que en la sombra del dolor me hastío,
Voy escalando con febril anhelo
La *inaccesible* recta del vacío.»

¡Escalar es...! ¡Qué atrocidad!

Mire usted que escalar *la inaccesible recta del vacío*...

«Y en alcanzar mi intento me desvelo;
(Pues hace usted muy mal, ¡qué tontería!)
En alas puras de inmortal *poesía*
Cruzando voy la soledad del cielo.»

Hace un poco escalaba... Ahora cruza...
¡Qué diversidad de movimientos!

A más de que eso último no es verdad; porque ni Didapp es poeta, ni, por consiguiente, puede cruzar en alas puras de inmortal *poesía* ó *poesía*, que es como hay que pronunciar en su verso.

«La dicha rompe por opuesta vía...»

Y la *poesía* también. No quieren nada con usted.

«La dicha rompe por opuesta vía;
Sólo me deja abrojos y quebranto,
Haciendo amarga la existencia mía.»

Pues tenga usted paciencia, que también usted hace amarga la existencia de los demás con sus malos versos.

«Otros *disfrutan*, yo derramo llanto...»

Otros *disfrutan*... ¿Y qué disfrutan ó de qué?... Porque el emplear así el verbo *disfrutar*

tar sin complemento, es cosa muy cursi. Las patronas de casas de huéspedes y las tenderas de ultramarinos son las que suelen decir así.

«Otros disfrutan, yo derramo llanto;
Nadie se compadece de mis penas...»

¿Quién creía usted que iba á ser tan tonto que se compadeciera de sus penas, si las sufre usted porque quiere?

Compadézcase usted mismo primero, y deje de atormentar su caletre en aderezar versos con tomates... digo, con disparates.

Pero luego dice usted muy maravillado:

«Parece que á sufrir sólo he venido.»

¿Pues á qué había usted de venir, pobre hombre?

A lo que venimos todos á este valle de lágrimas.

A sufrir con paciencia los trabajos, y hacer así méritos para conseguir la gloria eterna.

¿Dice usted que es cristiano, y se asombra de eso?

Siga usted:

«En mi auxilio llamé á los soberanos...
(Pues como si llamara uste á Cachano
Con una teja rota en cada mano!)
Y mendigando fuí de puerta en puerta.
Mas ¿qué se ha de alcanzar de los tiranos?»

Le advierto á usted que *soberanos* y *tiranos* son consonantes, eso sí, pero no son sinónimos.

Y dice más adelante:

«Mientras el Papa tiene *grande empeño*
En la *unidad de ideas*...»

¡Pero hombre!... ¿Querrá usted dejar en paz al Papa, y no meterse en lo que no entiende?

El Papa tiene *grande empeño*, como dice usted con un prosaísmo insufrible, en que haya unidad de fe y en que haya unidad de acción cristiana conforme con la fe.

Y también le tiene en que usted no haga versos—aun cuando no tenga de usted el Papa ni la menor noticia,—porque quiere que todo el mundo cumpla la ley de Dios y que nadie haga tonterías ni malgaste, como usted, el tiempo que Dios le concede para trabajar en la santificación de su alma.

«Mientras el Papa tiene *grande empeño*
En la *unidad de ideas*, yo mitigo
Mis graves horas en letal beleño.»

¿Y qué tiene que ver uno para con otro?
¿Se opone el que tenga el Papa *grande empeño* en la *unidad de ideas*, á que usted *mitigue* sus graves horas?... Es decir, á que usted

diga que mitiga sus graves horas; porque lo es mitigarlas realmente...

¿Qué entiende usted por *mitigar* las horas? Vamos á ver...

«Yo mitigo mis graves horas en letal beño.»

No, señor: lo que usted hace cuando dice que *mitiga*, etc., es decir un desatino que ni usted mismo entiende.

«Yo lamento y no tengo ni un amigo
Que las lágrimas frote de mis ojos,
Y entre los ayes del pesar *me hostigo*...»

«Yo lamento...» ¿Y qué lamenta usted?... El no conocer la sintaxis era lo que debía usted lamentar... Y no contentarse con eso, sino ponerse á estudiarla en seguida, en lugar de ponerse á escribir tercetos sin pies ni cabeza.

Y luego se queja usted de no tener ni un amigo... ¿Cómo ha de tenerlos escribiendo así?

Pero así y todo, tampoco es verdad que no tenga usted ni un amigo.

Tiene usted á E. Peña.

¿Acaso no es bien amigo de usted ese Peña que le llama á usted *poeta eminente*, y que llama *poema* á esta aglomeración de simplezas y dislates?...

Él mismo dice que tiene con usted amistad

íntima... Y es natural, porque es un escritor muy parecido á usted, y ya se sabe, que Dios los cría y... ustedes se juntan.

Y luego... eso de querer los amigos para que le froten los ojos... ¡Vamos, que tiene usted unas cosas!

Pues ¿y lo de hostigarse á sí mismo entre los ayes del pesar?... Otra carambola.

«Doquier que mire sólo encuentro abrojos
Que no disipan mi gemir sombrío...»

Naturalmente.

Porque ni el *gemir* se puede *disipar*, ni los abrojos han servido nunca para disipar el gemir sombrío.

¡Es que se maravilla usted de unas cosas!...

«Doquier que miro sólo encuentro abrojos
Que no disipan mi gemir sombrío,
Ni convierten en glorias los despojos...»

¡Claro, hombre, claro! ¿En qué cabeza le cabía á usted que los abrojos habían de convertir los despojos en glorias?... ¿Cómo ni por dónde?...

¿Pues y esto que sigue?

«Si un mendrugo de pan pido al impío,
Cuando de hambre está viendo que me muero
Dice que no: y llorando así me río...»

¡Qué barbaridad!...

Nada, que usted se propuso hacer tercetos

aconsonantando todos los disparates que se le fueran ocurriendo, y... así ha salido.

No he visto cosa semejante.

Y eso que he leído á Charras, el de la mora aquella... y á Carulla...

«Yo que en medio al dolor me despedazo
De lo que pasa, *todo bien comprendo...*»

Yo sí que comprendo bien que llorara el impresor aquel de *carácter indeleble*, y le pidiese á usted con las lágrimas en los ojos que no le obligase á imprimir su *poema*, donde hay hasta galicismos para que no falte nada malo.

«Veo los vicios y hago que no entiendo...»

Eso le debe de ser á usted muy fácil de hacer.

«Veo los vicios y hago que no entiendo;
Pero sí los rechazo con *demencia...*»

¡Ave María Purísima!

¡Ahora sí que lo ha coronado usted, hombre!

¿Con que es una demencia rechazar los vicios?

Y luego dice usted que es católico...

¡Ya, ya! ¡Valiente católico está usted!

¿No ve usted que es una impiedad herética, protestante, llamar demencia á la cristiana y valerosa lucha contra los vicios?

No, hombre, no: eso no es una demencia, sino un deber. Lo que es *demencia* es escribir *epístolas* como esas que usted escribe...

La segunda epístola va dirigida *ad sapientes hujus sæculi*, en latín también, y lleva además como lema esta barbaridad: «*Quosque tandem*».

No se dice *quosque*, D. Juan Pedro, no se dice *quosque*: no dijo así Cicerón contra Catilina. Dijo *quousque*, adverbio de tiempo que significa «hasta cuándo».

Verdad es que también acá escribió una vez ese disparate y arrimó ese *cosque* al latín y al sentido común Santiago Liniers, muy señor y conde nuestro... de la última hornada, y hasta académico de la lengua.

Aunque también es verdad que los académicos son, de entre la gente de acá, los que más se asemejan á los vates americanos.

Y empieza así la segunda *epístola*:

«Siempre ha sido llamada villanía
De hombres que se revuelcan en la escoria...»

¡Pues vaya un gusto!...

¿No ve usted que la escoria es cosa dura y áspera, y nadie puede apetecer revolcarse en ella?

Usted habrá oído hablar de revolcarse en el cieno ó en el lodo, porque el cieno y el lodo, aunque son cosas sucias, son blandas y suaves, y en el cieno y en el lodo les gusta revolcarse á los cerdos, y metafóricamente se dice que se revuelcan en el cieno ó en lodo los hombres que se entregan á los vicios y á las malas acciones...

Pero la escoria es cosa muy distinta del lodo y del cieno...

Sólo que usted viene á ser como doña Emilia, que no conoce la significación de las palabras ni se fija en ellas, y las emplea allá á granel, como salen.

Repitamos:

«Siempre ha sido llamada villanía
De hombres que se revuelcan en la escoria,
Poner en mal al que el dolor hastía...»

En *mal al...* ¡Qué oído tiene este D. Juan Pedro!

Y luego, ¡cualquiera entiende lo que quiere decir en ese terceto dificultoso y endiablado!

No sigo con *la epístola*, porque hay en el libro otras muchas *carambolas* por el estilo...

El primero de los sonetos se titula *heroísmo*, y empieza así:

«Musa dí en alta voz que no me humillo...»

Pues hace usted mal, porque debiera usted

humillarse, y aun avergonzarse de escribir como escribe:

«Musa dí en alta voz que no me humillo
Ante el mundo que á peso su fe vende,
Del polvo la vileza se desprende
Y en el estiércol tiene su estribillo...»

¡Eso es! Para concertar con *humillo* no hay más que poner un *estribillo* á la vileza...

O al polvo, porque en realidad no se sabe de quién es el estribillo.

Segundo cuarteto:

«El genio expide luz, fulgente brillo;
Sobre los astros su dominio tiende,
Y como el águila que el cielo hiende,
Alzo vuelo, jamás yo me arrodillo.»

Bueno, pues otra vez hace usted mal....

En no arrodillarse y en llamarse usted genio á sí mismo, lo cual es una presunción risible.

Conste que no, que no es usted el genio que expida luz; porque no *expide* más que gansadas.

Como éstas del segundo soneto, que empieza así:

«Teniendo mi barriga bien repleta,
Lleno el bolsillo de monedas de oro,
Más que en desgracia cifrará en desdoro
No tener asentada la chaveta.»

¿Y qué es eso de *cifrar* más que en desgracia en desdoro?

Porque lo de no tener sentada la chaveta, ya se sabe lo que es: ser como usted, poco más ó menos.

Y sigue:

«Pero estar muerto de hambre y ser poeta
Ajeno á todo mundanal tesoro,
No es en vano verter amargo lloro...»

Nada; que aquí no hay sintáxis, ni sindéresis, ni nada parecido.

Soneto IV:

«El español monarca se halla inquieto
Al ver que le rodea *impío* tanto...»

Esto, por la forma, parece de nuestro Carrulla. Y en cuanto al fondo... ¡Buenas y gordas!

«El español monarca se halla inquieto
Al ver que le rodea *impío* tanto
Ultrajando las orlas de su manto,
Sin dignidad ni miras de respeto.»

Ni de poesía.

Y ¡mire usted que *ultrajar* las orlas de su manto!

Siga usted:

«No está perdida España *por completo*...»

No; pero la falta muy poco...

Y lo que es como la lleguen de Méjico muchos poemas como el de usted, pronto se acaba de perder para siempre.

Soneto VII:

«Hemos de convencernos: no es posible
Que en el presente siglo», según llueve,
«Se encuentre un hombre que á *paciencia* lleve
Sus penas: para mí no es admisible.»

¿Y cómo se llevan las cosas á *paciencia*?

Para mí tampoco es admisible tanto prosaísmo ni tanto dislate.

«Juzgo también *cual cosa inconcebible,*
Ahora que *el mundo con vapor se mueve,*
Que exista algún mortal sin ser alevé
Y vil traidor; *me pasa á lo increíble.*»

Y á lo incomprendible también *nos pasa* á los demás esa construcción ridícula y desatinada.

Primer terceto:

«Y hemos de convencernos, yo no admito
Hombres honrados ni en pureza creo;
Castidad y honradez son hoy un mito...»

Basta, basta... Porque no se puede llevar á *paciencia*, como usted dice, tanto disparatar y tanto ensartar majaderías.

A Sherman le dice en tercetos el bueno de Didapp, con dos pes:

«Para juzgar á España no has nacido,

*Porque el cuadrúpedo no mira al cielo,
Como no vuela, no, el reptil tendido.»*

Por este primer terceto, y especialmente por el verso del medio, y aun por el último, se puede adivinar lo que vendrá en el cuerpo de la *epístola*.

«Tenemos héroes de la patria amantes
Que nos conviden á feroz combate,
Pues nadie sufre *monstruos vergonzantes...*»

Esto último, si viviera D. Antonio Cánovas, lo tomaría por alusión á su persona.

Por último, la composición á doña Cristina empieza así:

«Perseguido por la suerte
Pulso á solas mi laud;
Tendido en el polvo inerte...»

¿El laud, ó usted, D. Juan Pedro?... Porque no estaba de más el que se supiera.

«Perseguido por la suerte
Pulso á solas mi laud
Tendido en el polvo inerte;
Señora, en mi alma se advierte
El *hueco* de la virtud.»

Sí, hombre, sí, y otros muchos *huecos*...

De virtud (especialmente de humildad), de ciencia, de poesía, de sentido común... de todo, tiene usted hueca el alma.

IV

También los argentinos piden, y con tanta justicia, ciertamente, como los venezolanos, un poco de sitio en este libro para los malos vates de su tierra.

Y también acompañan á su petición los justificantes.

Véase la siguiente carta:

«Paraná y Enero 20 de 1898.

»Sr. D. Antonio de Valbuena.—Madrid.

»Muy señor mío: Como supongo que tendrá usted en preparación algún otro libro de **RIPIOS ULTRAMARINOS**, le remito esos *versos* con que los vates de la República Argentina atormentan al sentido común.

»Espero, pues, que el ilustre crítico les dé una carda soberana, y en especial á Miguel Piedrabuena, que perpetra una *poesía* titulada «El XX de Septiembre».

»Con este motivo saluda á usted su atento